

**Apuntes de la asamblea de bachilleres en videoconexión
con Julián Carrón y Francesco Barberis
21 de mayo de 2020**

Francesco Barberis. Buenas tardes a todos, jóvenes y profesores conectados.

Empezamos esta asamblea llenos de gratitud por poder dirigir nuestras preguntas y preocupaciones, y contar lo que hemos aprendido a un padre que nos guía con su humanidad, que guía con nosotros el camino de los bachilleres. Doy gracias a Julián Carrón por dedicarnos este tiempo. Retomando el tiempo que ha transcurrido desde las lecciones de Pigi y Carrón el Sábado Santo, me ha impresionado leer las 151 contribuciones que habéis enviado para este momento (las últimas son de esta mañana). Es un signo precioso, sobre todo por el camino que estamos haciendo. Dice uno de vosotros: «Este tiempo se me ha dado para volver a lo esencial». Este “esencial” es lo que queremos ver hoy, solo nos interesa esto. Por esa razón estamos tan agradecidos a la presencia de Julián. Nos hemos preguntado: «Durante este periodo, lleno de circunstancias nuevas y duras –la clases a distancia, la estrecha convivencia familiar, la lejanía física de los amigos, los desafíos del día a día– ¿qué has podido sorprender en ti, qué has aprendido, qué preguntas te han surgido? ¿Cómo ha dialogado con estas provocaciones el encuentro de Pascua con Pigi y Carrón?». Gracias, Julián. Te doy la palabra.

Julián Carrón. Hola a todos. Siempre es un placer reencontrarse para hablar de las cosas –como decía Francesco– esenciales de la vida. Así que empezemos.

Hola. En este periodo me resulta difícil hacer ciertas cosas que antes eran mucho más sencillas, más inmediatas, como hacer los deberes por la tarde o prestar atención a las clases online, porque ya no me basta saber que debo hacerlo, quiero saber por qué debo hacerlo. Quiero que alguien me diga el motivo por el que vale la pena hacerlo, la razón por la que mis esfuerzos, mi cansancio, el tiempo y todo lo que empleo en hacerlo no son vanos, porque si no encuentro o al menos no intento buscar un sentido a todo esto, entonces prefiero no hacer nada. No quiero malgastar tiempo y esfuerzo en algo que no tiene sentido, que no me ayuda, que no me hace feliz. Por tanto, mi pregunta es: ¿cuál es el sentido de lo que debo hacer y de lo que hago? Esto no solo vale para las clases sino también para todo lo demás. ¿Por qué tengo que estar encerrada en casa? ¿Porque alguien me lo diga? Lo siento, pero esta respuesta no me basta. Sé que son muchas las preguntas y no estoy segura de poder encontrar algún día las respuestas, pero no pasa nada por intentarlo. Además, creo que no podría aguantar sin plantear antes o después todas estas preguntas a alguien, aunque hacerlo me resulta un poco difícil.

Carrón. Lo primero que hemos podido sorprender en esta situación especialmente agobiante que hemos vivido todos, con todas las connotaciones que hemos visto, es la aparición de las preguntas, como las que tú planteas ahora. Preguntas que urgen dentro de nosotros, y cuanto más urge la circunstancia, más vemos que no podemos seguir adelante sin una respuesta. ¿Qué es lo primero que has visto, lo primero que surge ante tus ojos de todo lo que has dicho? No de lo que no has dicho sino de lo que has dicho, ¿qué emerge?

Que quiero saber por qué tengo que hacer las cosas.

Carrón. Sí, esa es la pregunta, pero tú has recibido muchas respuestas, ¿qué ha surgido ante ellas? Te has preguntado: «¿Es que debo hacerlo porque alguien me lo diga?». Y has añadido: «Esta respuesta no me basta». Entonces, ¿por qué me lo preguntas a mí?

Porque quiero encontrar un motivo por el que hacer las cosas.

Carrón. Es muy bonito lo que has descubierto: no te basta que alguien te dé las respuestas. Estamos demasiado llenos de respuestas, todos nos dan alguna. Estos meses habéis visto multitud de

iniciativas de unos y otros, pero por lo que dices creo entender que todas esas respuestas no te han bastado. ¿Qué es lo que descubres entonces en tu camino? Me parece decisivo que os deis cuenta porque muchas veces mendigáis una respuesta de unos y otros, recibís una avalancha de respuestas pero luego os preguntáis: «¿Es que tengo que hacer las cosas porque alguien me lo diga? Lo siento pero esta respuesta no me basta». Entonces, ¿qué paso te sugiere lo que has descubierto? Para que sea tuya, la respuesta debe ser un descubrimiento tuyo.

Que también es importante saber a quién plantear estas preguntas.

Carrón. Sí, pero la cuestión es que, aunque hagas la pregunta a quien te encuentres en el camino o tengas más cerca, durante este tiempo has recibido muchas respuestas, pero lo que has visto es que no te basta recibir una respuesta. Para que puedas encontrar realmente una respuesta, el descubrimiento debe ser tuyo. Te pueden dar una sugerencia, proponer una iniciativa, pero al final – me parece estupendo lo que dices –, si no es un descubrimiento tuyo, no te basta. Y eso indica algo fundamental: para haceros mayores debéis tomar entre manos vuestra propia vida intentando encontrar respuestas que os convenzan, de otra manera nada os bastará. Tienes que descubrir tú los motivos de lo que debes hacer. Dices: «¿Por qué tengo que quedarme en casa? ¿Por qué tengo que estudiar? ¿Por qué tengo que hacer esto?». No lo hagas, ¿quién te lo manda? No estudies, ¿quién te lo manda? ¿Por qué lo haces?

Lo hago más por costumbre.

Carrón. Cierto, pero ahora ese hacer por costumbre no te sirve para tener un motivo adecuado para hacerlo. Sin embargo, te quedas en casa, estudias y sigues haciendo las cosas. ¿Por qué?

Porque tal vez tenga un sentido y lo quiero descubrir.

Carrón. Entonces ya tienes una razón para empezar. Tal vez te conviene arriesgar para ver si tiene sentido. Si no, por un lado esperas a que alguien te responda y por otro dices: «No me basta que alguien me diga que lo haga». Si miráis los toros desde la barrera o el partido desde el balcón, siempre tendréis algo por lo que quejaros. ¡Implícate tú! Si tú no descubres los motivos, nadie te podrá dar la razón adecuada para moverte de una cierta manera. Hace unos meses, en un encuentro con los bachilleres de último curso, una chica decía: «Quiero estudiar Medicina, pero no quiero perder el tiempo del verano preparando el examen de acceso, ¡porque el verano es el verano!». Le dije: «¿Y quién te lo manda? Vete a la playa. ¿Por qué tienes que prepararte el examen? Vete a la playa». Enseguida me respondió: «¡Pero yo quiero estudiar Medicina!». «¡Entonces estudia! ¿Quién te lo impide?». No esperéis a que alguien os convenza. Yo no traté de convencerla, la provoqué haciéndole una pregunta. Igual que ahora tampoco estoy intentando convencerla. ¿Por qué? Porque es inútil intentar convencerla de mis ideas, igual que era inútil intentar convencer con palabras a esa chica de que era mejor estudiar que ir a la playa. Pero en cuanto la desafié diciendo: «Vete a la playa, ¿quién te lo impide?», ella misma descubrió, dentro de su propia experiencia, que le convenía preparar el examen. Descubrió el motivo: entrar en Medicina. El motivo enseguida apareció ante ella con claridad.

¿Entiendes por qué Jesús, en vez de responder inmediatamente a sus preguntas, desafiaba a los discípulos? Ellos también se quejaban ante Jesús al ver que todos se habían marchado (cfr. Jn 6,66-67). Tal vez le dijeran: «Danos un motivo para quedarnos contigo». Pero Jesús les hizo una pregunta: «¿También vosotros queréis marcharos?». Jesús les desafió y esa fue la ocasión para Pedro de recuperar el motivo por el cual seguirle. No hizo falta ningún mandamiento por parte de Jesús. La experiencia que había vivido con Él le convenció, era motivo suficiente para quedarse: «¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (cfr. Jn 6,68). Jesús esperó a que Pedro lo descubriera, después de haberlo desafiado. Por eso, este paso de tu experiencia es precioso si te das cuenta de todo su alcance: no te basta con hacer las cosas porque te lo diga otro. Cuando le preguntas, el otro colabora contigo ofreciéndote una hipótesis de trabajo: «Fíjate a ver si esta sugerencia mía te ayuda a descubrir los motivos por los que hacer algo». Pero luego debe ser tu propio descubrimiento lo que te ponga en movimiento, debe nacer de tus entrañas, de tu experiencia, de la conveniencia humana que tú descubres. Por eso, ¡buena aventura! Así empezáis a

daros cuenta de que no basta con descargar en otro, sea quien sea, el peso de la respuesta, porque no os basta. A veces hace falta esforzarse para caer en la cuenta de la realidad.

Hola a todos. El 4 de mayo, cuando las autoridades nos permitieron empezar a movernos con menos restricciones, salí a correr, no lejos de mi casa, para hacer el entrenamiento habitual que hago semanalmente desde hace unos años. Pero esta vez fue distinto; de hecho, al pasar cerca de la colina por la que quién sabe cuántas veces he pasado, me sorprendió la belleza del paisaje, el exuberante verdor de las plantas y hasta el canto de los grillos; cosas en las que antes nunca me había fijado y aunque normalmente no me gusta correr solo (pero en este periodo estoy obligado a hacerlo así), en ese momento no deseaba otra cosa que lo que estaba viviendo. Era consciente de lo que tenía, en vez de pensar más en lo que habría podido tener. Unos días después, contando esta experiencia en la Escuela de comunidad, me surgía esta pregunta: «¿Por qué? ¿Por qué en ese momento me sorprendió la belleza de la realidad, cuando otras veces no me ha pasado?».

Carrón. ¿Y cómo has empezado a responderte? Después de lo que hemos visto con esta amiga que te ha precedido, no podemos volver atrás. La respuesta debe ser un descubrimiento vuestro.

Creo que la realidad se impuso allí en ese momento.

Carrón. ¿Y por qué esta vez la realidad se impuso? Esa misma realidad estaba también antes, muchas veces habías hecho la misma carrera, habías visto las mismas cosas, la misma belleza, pero no lo percibías.

Tal vez porque en ese momento estaba más atento.

Carrón. Perfecto. En primer lugar, estabas más atento. ¿Y qué te hacía estar más atento? Debemos darnos cuenta de cómo suceden las cosas. ¿Tú por qué crees que estabas más atento? ¿En este periodo de confinamiento has hecho algún tipo de entrenamiento, algún ejercicio particular?

No, no.

Carrón. Entonces, ¿de dónde nace esa atención?

De las ganas de sorprenderme.

Carrón. Esa mañana, cuando aún estabas en casa, ¿acaso pensaste: «Ahora me entreno para sorprenderme esta mañana», y así te sorprendiste? Lo primero es una constatación: esa carrera la habías hecho muchas veces, pero nunca te habías sorprendido como te sorprendiste en ese momento. ¿Y qué tiene que ver esto con todo lo que habías vivido antes, cuando no podías salir a correr porque estabas confinado en casa? ¿Crees que hay alguna relación entre una cosa y otra?

Cuando durante un cierto periodo de tiempo no podemos hacer las cosas de siempre, es como si se hicieran nuevas cuando volvemos a hacerlas. Eran las mismas cosas de siempre, pero después de semanas de inactividad nace el deseo de salir a correr como si ya no pudieras dar por descontado el poder hacerlo. Por eso te has sorprendido más ante algo que siempre ha estado ahí, delante de ti. Por tanto, el haberte visto obligado, como todos nosotros, a no moverte igual que antes, con la misma libertad, ha hecho surgir en ti un deseo y una atención por las cuales, cuando has podido hacer de nuevo el recorrido de siempre, te has sorprendido por lo que había, aunque antes no te dieras cuenta. Desde el principio me ha llamado mucho la atención una frase de don Giussani –que luego cité en un artículo publicado en el *Corriere della Sera* para ayudarnos a vivir juntos el desafío del coronavirus–: «Un individuo que haya tenido en su vida un impacto débil con la realidad porque, por ejemplo, haya tenido que esforzarse muy poco, tendrá un sentido escaso de su propia conciencia, percibirá menos la energía y la vibración de su razón» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 141), es decir, no se sorprenderá de lo que tiene ante sus ojos. El esfuerzo que has hecho es como si te hubiera entrenado –ese es el verdadero entrenamiento– en una atención que tal vez antes no tenías. ¿Veis cómo cuando aceptamos la provocación de la realidad todo sirve? ¿Para qué te ha servido aceptar la situación impuesta por el coronavirus, es decir, el hecho de no poder salir de casa? Para adquirir una capacidad de atención que tal vez antes no tenías.

Si en lugar de quejarnos por una circunstancia –sea la que sea–, la aceptamos, secundando la manera en que la realidad nos alcanza, entonces nos sorprendemos de que la realidad nos hable más y nos damos cuenta de cosas que antes no nos sorprendían. Esta es la ganancia que podemos

obtener al secundar la manera en que la realidad nos provoca. Y vemos que es una ganancia porque cuando volvemos a la situación normal, lo que antes dábamos por descontado nos impacta, nos sorprende. Cualquier situación puede convertirse en ocasión para educarnos. Cuando profundizamos, enseguida nos damos cuenta de la ganancia que supone para nosotros: la realidad nos habla más. Es impresionante que te hayas sorprendido tanto de algo que te resultaba familiar, porque es como si lo hubieras visto todo nuevo, y entonces te hablaba más, te sorprendía más. ¿Qué tiene que ver todo esto con la invitación que nos hace don Giussani a «vivir intensamente lo real»?

Hola. Estos días me he dado cuenta de que a pesar de intentar que todo salga bien –hacer los deberes de cierta manera, seguir las clases atentamente (por extremadamente complejo que resulte) y comportarse bien–, eso no basta. Ha habido días en que he cumplido con mi deber, pero me sentía igualmente insatisfecho, como si me faltara algo, una parte de esta gran ecuación que es la vida. La pregunta que me surgía entonces con fuerza es: si ni siquiera hacer lo que hay que hacer de la manera correcta basta para ser felices, ¿entonces qué hace falta? ¿Por qué, a pesar de vivir serenamente con mis amigos y familiares, al final no sale nada? Me he dado cuenta de que intento hacerlo todo bien pero al final no estoy contento, mientras que otras veces algo se tuerce, me peleo con alguien o simplemente no sigo las clases lo bien que me hubiera gustado, pero estoy cien veces más contento que cuando he cumplido con mi deber perfectamente.

Carrón. Entonces, en primer lugar, ¿todo esto qué dice de ti, qué te hace descubrir de ti mismo?

Que las cosas que nos hacen felices no suelen ser las que hacemos nosotros.

Carrón. Lo que nos hace feliz no es un producto de nuestra acción, no es algo que tú hagas lo que corresponde completamente a tu deseo –eso es lo que emerge con claridad de lo que has dicho–; aunque hagas todas las cosas correctamente, eso no basta, porque tu deseo es mucho más grande. Es importantísimo darse cuenta, si no uno se queda como aturdido: «¿Pero cómo? ¿Lo he hecho todo y no me basta?». Sí, porque «todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo», dice Leopardi (*Pensamientos LXVIII*, en G. Leopardi, *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1979, p. 465). Todo lo que hacemos es demasiado poco en comparación con lo que el corazón desea. Si no se entiende esto, uno puede llegar a decir: «entonces es mejor no hacerlo». Pero no, lo primero que tienes que entender es por qué hay que hacerlo. Y lo segundo es dejar abierta la cuestión: si lo que tengo que hacer no es lo que me hace estar contento, ¿qué me hace estar contento? ¿Qué puede ser adecuado para toda mi exigencia de felicidad? De hecho, lo que verdaderamente hay que descubrir –esta es la gran aventura de vivir, ¿no?– es qué es capaz de llenar el corazón, de darme esa plenitud que mi corazón está esperando, que anhela desde siempre. Si te preguntase: «Cuando has experimentado momentos de plenitud, ¿qué has descubierto? ¿Qué te ha llenado el corazón?».

No lo sé concretamente, pero...

Carrón. No te preocupes ahora si no lo sabes decir, deja abierta la pregunta para que, a partir de ahora, cuando suceda, puedas decir: «Ah, esto es lo que deseaba». Aunque quizá ya tienes alguna intuición ahora.

Sí, más o menos.

Carrón. Prueba. Aquí estamos entre amigos.

A veces me siento realmente feliz cuando tengo al lado personas que me ayudan a ser feliz.

Carrón. Eso ya te dice que lo que te hace feliz no es tu hacer, sino presencias que son más adecuadas a esa exigencia tuya. ¿Y todas las presencias son iguales? ¿Todas las personas te hacen feliz igualmente? Tú conoces a mucha gente, ¿no?

Sí. Hay personas más importantes y otras menos importantes.

Carrón. ¡Perfecto! ¿Por qué unas son importantes y otras lo son menos? ¿Qué llevan dentro las que son importantes? ¡Es una aventura fascinante, chicos! No todo es igual. ¡No es igual para nada! Si estamos atentos –como decíamos antes–, empezamos a darnos cuenta de que ni siquiera cuando hacemos bien las cosas nos basta, porque es demasiado poco; y luego empezamos a ver que estamos realmente contentos delante de personas, que no todas son iguales, en las que hay una diferencia; y

empezamos a vislumbrar ciertas personas que tienen algo que llena el corazón más que otras, tienen una manera de ponerse ante la realidad que las hace especialmente importantes para nosotros. Y con estas personas uno puede hacer las cosas habituales de otra manera.

Hoy en la comida me han contado lo siguiente. Hay un chico que ha terminado la universidad y está trabajando. Su padre –los dos trabajan desde casa por el coronavirus– se ha quedado tan asombrado por cómo vivía y trabajaba en casa su hijo que se ha trasladado al lugar donde trabajaba su hijo –él que tiene más horas de experiencia que su hijo, pero no sabe cómo hacer– para aprender a trabajar como él. No hay contraposición entre las cosas que debemos hacer y estas presencias, porque son personas que te dan una razón que te facilita hacer lo que tienes que hacer. Entonces ya no dependes de que las cosas salgan bien sino de algo que te ha sucedido: el encuentro con ciertas personas que te sostienen y hacen que disfrutes más hasta del estudio. Todo se une y al final de la jornada uno puede encontrarse mucho más pleno. Uno empieza a vislumbrar que hay una unidad en la vida y que, cuando está con ciertas personas que le facilitan la relación con lo que tiene que hacer, todo adquiere más plenitud. De esta manera, empiezas a encontrar una respuesta, a interceptar una respuesta a tu pregunta. Creo que esto es fundamental porque quien quiera «vivir intensamente lo real» debe prestar atención a dónde sucede esto, dónde hay alguien que vive intensamente lo real, para poderlo secundar, como ha hecho este padre, que habría podido decir: «Pero yo, siendo padre, no puedo convertirme en “hijo” de mi hijo». En cambio, ha tenido la sencillez de quien no se escandaliza de tener que aprender –aun siendo mayor– de su hijo, de modo que se ha hecho “hijo” de su hijo. Esta sencillez es digna de aprender. Secundando a otro en el que veo que la vida vibra, en un momento dado esta vida me contagia. Entonces, ¿qué valor tienen estas presencias?

En esta cuarentena he pensado mucho en una frase del rapero Marracash: «Lleno el tiempo, pero no el vacío» («TUTTO QUESTO NIENTE - Gli occhi», 2019, © Universal Music). Hago muchas cosas y hasta consigo estudiar a fondo, el tiempo pasa pero mi corazón a veces está aburrido, apagado, acostumbrado a no preguntarse ya nada. A veces llego al final de la jornada preguntándome: «Has hecho un montón de cosas, ¿pero eso te basta para vivir?». Estas semanas me han sacado de la nada ciertas «presencias amigas» que me han ayudado a estar más humanamente ante la realidad. Momentos como la Escuela de comunidad y conversaciones con grandes amigos siempre me despiertan y me hacen entender que quiero vivir al máximo incluso una situación como esta. No me basta un “subidón”, busco algo que persista todos los días, fuera o dentro de casa. Pero, más que nunca en este periodo, me distraigo y me atasco en mis preocupaciones y problemas. Entonces me pregunto, y pido: «¿Cómo estar humanamente ante estas circunstancias? ¿Cómo hacerlo siempre?».

Carrón. ¡Estupendo! Marracash ha captado bien el problema de la vida: «Lleno el tiempo, pero no el vacío». Podemos llenar el tiempo con muchas cosas, pero no logramos llenar el vacío que tenemos dentro. Para muchos, esto es sencillamente una desgracia, pero para uno que se quiere a sí mismo es el signo –como decíamos antes– de la grandeza de nuestro yo: podemos llenar el tiempo con muchas cosas, pero a nuestro corazón no lo podemos engañar, porque el vacío que percibe no lo llena algo que podamos imaginar o hacer, sino algo que está por descubrir. ¿Cuál es la señal de que esa no es la respuesta? Que me aburro. Si estamos atentos a cómo suceden las cosas en nuestra experiencia, tenemos todos los factores necesarios para hacer el camino. De hecho, en cuanto empiezas a aburrirte, dices: «No es esto». Entonces te pones con más atención a buscar qué te puede ayudar. Así empiezas a darte cuenta de que a veces te sacan de la nada ciertas presencias amigas, y por eso las secundas.

Al principio, como ves, puede haber momentos en que digas: «No me basta con llenar el tiempo», y en otros momentos empiezas a ver el esplendor de algo que es el inicio de la respuesta. La cuestión es cómo esos momentos pueden hacerse cada vez más frecuentes. A esto nos invitaba siempre don Giussani. No pretendamos un milagro, es decir, que todo suceda en un instante. En cambio, a veces sucede algo pero esos momentos no bastan para satisfacer toda la exigencia de nuestro corazón, y entonces queremos que eso se haga cada vez más estable. Por eso don Giussani nos dice: «Debéis

esperar un camino, no un milagro que eluda vuestras responsabilidades, que evite vuestro esfuerzo, que vuelva mecánica vuestra libertad» (L. Giussani, *Reunión nacional de estudiantes de primero de carrera*, Rímíni, 28-30 septiembre 1982, citado en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 669). Hay que secundar estas «presencias amigas»; esta es la decisión que debemos tomar, de tal modo que poco a poco se haga tuya su manera de ser. Estas presencias son las que te sacan de la distracción y cuando estás preocupado abren de par en par tu mirada para no dejarte atascado en tus preocupaciones. Como vemos que hace constantemente Jesús con sus amigos que, a pesar de haber visto milagros enormes como la multiplicación de los panes, discuten en la barca porque se les ha olvidado el pan, y entonces Jesús ¿cómo les ayuda (cfr. Mc 8,19-21)? No realiza otro milagro –para él habría sido fácil, ¿no?–, sino que les hace dar otro paso de conciencia: «¿Pero no entendéis que el problema es la relación conmigo, que os saca constantemente de la distracción?».

El problema es tener un lugar donde mi vida renazca continuamente, por eso Jesús dice: «Si aceptáis seguirme, si aceptáis secundar mi amistad, participar de mi amistad, poco a poco descubriréis cómo se va haciendo cada vez más vuestra». Este es un camino que podemos decidir hacer o no. Depende de nuestra libertad. El hecho de que ya aparezcan estos momentos quiere decir que existe una respuesta, que no estamos en medio de la oscuridad; como cuando uno consigue resolver un problema de matemáticas y luego se equivoca de nuevo, el hecho de haberlo resuelto una vez quiere decir que se puede aprender, pero solo si se hace un camino, acompañado de alguien que le ayude a hacer un camino, hasta llegar a sorprenderse porque se va haciendo cada vez más suyo. No podemos aprenderlo todo de golpe. Esta es la invitación que nos hacemos mutuamente, la invitación que nos hace Jesús a secundar una modalidad por la cual, poco a poco, lo que quiere darnos se va haciendo cada vez más nuestro. Pero a veces somos impacientes: si no sucede todo aquí y ahora, enseguida, introducimos como una sospecha. ¡No! No podemos aprender todo de golpe, igual que no puedes aprender todas las matemáticas de golpe –esto lo entendemos perfectamente–. Si aceptamos este método, que es más acorde a nuestra vida, poco a poco, con el tiempo, se hará cada vez más nuestro; y tú ya tienes signos, has vivido momentos en los que esa respuesta ha acontecido.

Pero en toda esta circunstancia que nos ha tocado vivir –la pandemia– aparece con urgencia el problema del mal.

Hola. ¿De dónde viene este mal? ¿Por qué Dios permite que exista, si él solo quiere nuestro bien? ¿Qué nos está pidiendo al hacernos atravesar este mal que misteriosamente permite? ¿Qué bien me pide descubrir o redescubrir? La atención que más echo en falta es darme cuenta de las preguntas que Dios me está haciendo estas semanas a través de estas circunstancias y a qué me llama. En todo caso, estoy bien y contenta, aunque me cuesta. El hecho de ser amada es una certeza que llevo dentro al afrontarlo todo, incluso los momentos de tristeza. Creo que este tiempo es una gran escuela. Yo no puedo determinar mi vida, nada depende de mí, pero puedo amar la vida y a las personas que continuamente se me dan.

Carrón. Y esto que has descubierto, ¿cómo responde a tu pregunta? «¿De dónde viene este mal?».

No basta hacer una pregunta y después olvidarla. Si lo que has dicho no responde a esta pregunta, quiere decir que lo que vives no te ayuda a responder. Entonces volverá a surgir la pregunta, y será como si todo lo que has contado no sirviera. Partiendo de lo que has dicho, ¿qué has descubierto en todo este periodo para poder responder a las preguntas «de dónde viene el mal», «por qué Dios permite que exista si solo quiere nuestro bien»? No debemos eliminar las preguntas porque son cruciales para el camino de la vida. El mal, ¿qué es el mal? Algo que no te deja estar bien. ¿Y tú qué has dicho que te ha permitido estar bien?

El hecho de ser amada.

Carrón. ¡Perfecto! Es sencillo. Hacéis unos descubrimientos increíbles, el problema es que muchas veces no os dais cuenta. ¿Por qué nos hizo Dios? Nos hizo al inicio de la historia para tener una criatura con la que compartir su felicidad. Dios creó al hombre en una relación de cercanía, familiar,

como dice el libro del Génesis, para compartir con él todo lo que había creado y que incluso al Señor parece que le sorprendió por lo bueno que era: «Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gen 1,31). Pero igual que Él quiere ser amado –como tú y como yo– libremente, el hombre puede decir que no a este amor. Y cuando uno dice que no, ¿en qué situación se encuentra? Está mal. Cuando dices que no a un amor, ¿cómo estás? Mal. ¿Ves de dónde nace el mal? De decir no a algo que es bueno para ti, a tu bien.

El mal entra en la historia por una elección de la libertad del hombre, que en vez de secundar el bien que le hace ser plenamente él mismo, prescinde de lo que constituye su bien y decide alejarse de aquel que le ama, y entonces uno está mal. El mal se introduce en la vida cuando pierdo la conciencia de ser amado. Cuando uno recupera la conciencia de ser amado, empieza a ver las cosas de otra manera. Pero como Dios no quiere imponer su amor, deja a tu libertad la decisión de aceptarlo y sigue buscándote una y otra vez porque no quiere imponerse. Todo el problema de la vida es cuánto tiempo necesitamos para descubrir que solo perteneciendo a aquel que es el bien podemos llegar a estar verdaderamente contentos y felices. En todo caso, Él nos da todo el tiempo del mundo porque no quiere imponer su bien. Muchas veces esto nos sorprende y decimos: «¿Pero por qué Dios permite esto?». ¿Por qué Dios no quiere entrar como un elefante en la «cristalería» de tu libertad para bloquearte cada vez que estés haciendo algo? Porque si actuara así, nunca llegaría a ser tuyo Su bien para ti. ¿A ti te gustaría ser amada libremente o preferirías que, para no correr el riesgo de equivocarse y hacerte daño, la persona a la que amas te quisiera automáticamente? ¿Qué prefieres?

Que me ame libremente.

Carrón. ¿Y crees que Dios tiene menos gusto que tú? Él también prefiere ser amado libremente. Si no fuéramos amados libremente, no sería amor; si no pudiéramos amar libremente, no sería amor. Por eso a veces sufrimos las consecuencias de nuestras decisiones o las de otros, y nos sentimos mal, pero Dios espera, igual que el padre del hijo pródigo esperó a que volviera a casa libremente, no lo ató a la silla para impedirle actuar mal, para que no se fuera de casa y acabara comiendo con los cerdos, es decir, para que no hiciera el mal. Este es el signo del gran amor que Él tiene por nuestra libertad: quiere ser amado libremente, igual que tú quieres ser amada libremente. Y cuando te das cuenta de que puedes «amar la vida y a las personas que continuamente se me dan», recuperas de nuevo ese bien. En este sentido, este periodo es una gran escuela: para darte cuenta de que para estar verdaderamente contenta debes dejarte amar. Solo entonces, cuando aceptas a las personas que se te dan, que te aman, empiezas a estar contenta, y el mal que te separa de los demás empieza a ser vencido. Lo que sucede con las personas, sucede también con Jesús. Por eso los discípulos estaban con Él, ¡no tenían ni un pelo de tontos! Luego se equivocaban, pensando que tal vez era mejor hacer lo que tenían en la cabeza, pero poco a poco aprendieron que solo estando con Él la vida era cada vez más vida. Esta es la paciencia que Él tiene con nosotros.

¿Qué tiene esto que ver con la religiosidad?

Hola. Uno de mis mejores amigos, un sacerdote, cada vez que me escribía en este periodo me preguntaba si estaba rezando, qué rezaba y cuándo. Como si la única manera de sentir a Dios o hablar con Él fuera esa, casi como una obligación. Al principio escuchaba sus consejos, intentaba rezar incluso cuando en el fondo no me apetecía porque tenía muchas cosas que hacer. Luego me di cuenta de que cuanto más rezaba, más inadecuada me sentía ante lo que estaba haciendo, como si el cristianismo no me perteneciera, como si Dios me resultara extraño. Me está pasando lo mismo con el estudio, con las clases online, con mis amigos, con cualquier cosa o persona. ¿Por qué me siento tan inadecuada? Realmente no sé dónde está la respuesta en todo esto que me pasa, en esta realidad que cada vez me oprime más, hasta hacer que me falte el aire para respirar.

Carrón. ¿Veis cómo cuando la respuesta no es un descubrimiento nuestro no conseguimos vencer esta extrañeza frente a las cosas? Nada se puede imponer. Por eso Dios es tan amante de nuestra libertad, porque si Dios no entra en nuestras entrañas libremente, no lo disfrutamos y al final nos resulta extraño hasta relacionarnos con Él en la oración. Por tanto, debemos descubrir desde dentro

de nuestra experiencia cuándo surgen las cosas dentro de nosotros con toda su potencia. ¿En algún momento te has encontrado rezando –como te sugería tu amigo sacerdote– como un gesto que brotaba de una urgencia tuya?

Sí.

Carrón. ¿Y había alguna diferencia?

Sí, había diferencia.

Carrón. Rezamos porque lo necesitamos. Cuando la oración nace de la necesidad, no la sientes extraña. Pero para que puedas percibir tu necesidad, debe suceder algo que te lo haga reconocer. Imagina que tienes que ir al dentista ahora. No tienes ganas, puedes aplazar la cita, es una pesadez tener que ir, como si fuera algo que “debes” hacer. Pero si de repente ahora te empiezan a doler las muelas, ¿te quedarías aquí discutiendo sobre si ir o no? ¿Sentirías extrañeza por tener que ir al dentista?

No.

Carrón. No. ¿Por qué? Porque nacería de una urgencia tuya. Por eso, si no descubrimos que la oración nace dentro de nuestra necesidad, la sufriremos como algo impuesto. Lo mismo vale para el estudio. Si no entiendo por qué necesito estudiar, prevalecerá nuestro «no tengo ganas». «¿Quién te lo manda? No estudies, ponte a trabajar». «No, porque quiero aprender». «Entonces tienes una razón para estudiar». Solo cuando nos dejamos desafiar por la realidad podemos descubrir una tras otra las razones, porque cuando nuestra acción surge de nuestra necesidad, entonces tenemos un motivo adecuado para hacerla. Esto es necesario si queremos hacer un camino humano, si no todo nos oprimirá, porque no tendremos la razón adecuada para hacer cualquier cosa. Solo si partimos de la experiencia podremos entender, si no estaremos discutiendo sobre nuestras imágenes. Como la chica que me decía que quería hacer Medicina, de la que hablábamos antes. De lo contrario, ¿es como si tuviéramos que ser nosotros, los mayores, quienes os convenzan de que tenéis que ir al dentista! No vayáis. ¿Como si tuviéramos que convencersos de que tenéis que estudiar! No estudiéis. Pero si te preguntas: «¿Quién me lo manda hacer?», y dices: «Yo quiero ser esto de mayor, tener este puesto de trabajo para dedicarme a los demás», solo cuando descubras las razones podrás ver que el esfuerzo que tienes que hacer no te oprime. Si no haces nada ahora, si no estudias ahora, ¿la vida para ti será más fácil mañana?

No.

Carrón. Simplemente aplazarías el problema. Por eso es importantísimo utilizar todas vuestras preguntas para ir hasta el fondo en el descubrimiento de las razones que hacen que la acción que debemos realizar no nos oprima. Y no se trata de “darle vueltas a la cabeza” sino de preguntarse: «¿por qué lo hago?». Hace falta un yo para vivir, no un robot que recibe órdenes desde la torre de control hasta el terminal último de tu “cabecita”. Si no tenéis un amor por vosotros mismos, una pasión por vuestro destino, por vuestra felicidad, ¿quién os lo dará? Nadie puede imponeros nada. Por eso estamos juntos, para no ahorrarnos este camino; de lo contrario, como decíamos al principio, no basta hacer las cosas porque otro nos lo diga. Estamos juntos para no ahorrarnos la urgencia de responder a estas preguntas. Cuando deseas vivir según tus exigencias, empiezas a preguntarte: «¿Dónde encuentro personas que quieran ir adonde yo voy? ¿Dónde encuentro personas que estudian? ¿Dónde veo personas que responden a su necesidad? ¿Dónde veo personas que no rezan por costumbre? ¿Dónde veo gente que se da por entero en lo que hace, que disfruta de lo que hace sin que le oprima el deber de hacerlo?». Ahí empieza la aventura, porque es un problema de atención. De hecho, no todos los que te encuentras por el camino quieren vivir como tú deseas. Entonces, la primera cuestión es si tú aceptas caminar hacia el destino con aquellos que quieren ir donde tú quieres ir –y así os sostenéis mutuamente en esta fantástica aventura del vivir–, con aquellos que custodian su destino, su cumplimiento. ¿Por qué deberíamos estar juntos si no es por esto? ¿Qué razón tenemos más que ayudarnos mutuamente a caminar hacia lo que cumple la vida, es decir, hacia nuestro destino? No sería razonable. Esto también podría llegar a oprimirnos. ¿No es cierto?

Hola. Tengo en la cabeza algunos momentos fuertes de esta cuarentena que han supuesto una inmersión en una manera de decir «Tú» con una concreción nueva para mí. Aún tímida e insegura en ciertos aspectos, pero eso no me preocupa. Creo que es algo que lleva su tiempo. Reconozco que ha habido momentos en que ha sido evidente este diálogo con el Misterio, momentos quizá de autoconciencia, aunque todavía no sé muy bien qué significa. La cuestión es que yo necesito esa conciencia para rezar sinceramente...

Carrón. ¿Veis?

Para pedir sinceramente. De lo contrario se convierte en algo automático, y yo dejo de estar presente. Es como si percibiera esta falta de conciencia como una aridez. ¿Pero cómo puedo comprender esta relación sin que sea como un paréntesis? ¿Esta falta de diálogo como puede llegar a ser diálogo? Hay una pregunta que he leído en los apuntes de la Escuela de comunidad contigo (del 6 de mayo) que me ha conquistado porque la siento muy verdadera: «¿Hay algo por lo que te defiendas de mí porque temes que ahí no puedo vencer?», decía una persona sintiéndose interpelada así por Jesús. Sin necesidad de entrar en detalles, me vienen a la cabeza situaciones de mi vida que, tal vez de manera un poco automática, trato de excluir porque las veo realmente como un callejón sin salida. Tal vez un poco a modo de desafío, respondo diciendo: «Sí», porque el desafío queda abierto y todavía no tengo respuesta. Y también porque continuamente resuenan en mi cabeza ciertas palabras que tal vez has dicho tú, Carrón, que todo esto forma parte de un camino.

Carrón. Todo forma parte del camino. ¿Estás de acuerdo con eso?

Sí.

Carrón. ¿Y entonces?

Entonces no hace falta excluir nada. Es decir, no es algo automático, pero para ser totalmente sincera necesito comprenderlo todo.

Carrón. Exacto, pero eso llega con el tiempo. Esto es fundamental para nosotros, porque muchas veces no nos damos cuenta del valor del tiempo y lo queremos todo aquí y ahora, como decía antes. Solo poco a poco las cosas se vuelven nuestras, porque esa es la modalidad más acorde con nuestra naturaleza. Si un profesor pretendiera enseñaros todo en poco tiempo, sería totalmente inútil porque no os permitiría entender. El Misterio se pliega a nuestra naturaleza para no forzar las cosas con nosotros. Pero esto lo percibimos muchas veces como un menos porque las cosas no suceden inmediatamente, y es signo de la ternura del Misterio, que nos da el tiempo que necesitamos para asimilar humanamente cada paso. Por eso hay momentos evidentes en los que estamos presentes con todo nuestro ser y otros en los que es como si no estuviéramos. Pero en vez de “fustigarte”, tómallo como una ocasión: «Menos mal, Misterio, que también me lo recuerdas cuando me distraigo, menos mal que vuelves a salir a mi encuentro». Entonces agradeces que el Misterio siga tomando la iniciativa contigo y te diga: «¿Pero no te faltó?». Por eso te ha impactado tanto la pregunta que hacía esta persona en la Escuela de comunidad referida a Jesús: «¿Hay algo por lo que te defiendas de mí porque temes que ahí no puedo vencer?». Nosotros nos flagelamos, nos fustigamos, y Él viene con toda su ternura a decirnos: «¿Por qué tienes miedo si estoy aquí? ¿Todavía me dejas entrar?». Así esos momentos que tomamos como pretexto para reprocharnos que aún vamos mal se transforman en ocasiones para sorprendernos porque hay alguien que sigue amando nuestra nada.

En realidad no es que me fustigue. Tal vez es un poco como decía antes: hace falta algo que me haga percibir mi necesidad para que mi petición sea sincera.

Carrón. ¿Qué te ayuda a percibir tu necesidad?

Todas estas intervenciones, este encuentro.

Carrón. ¿Ves? Lo único que hay que hacer, cuando sucede, es secundarlo. Es como si el Misterio te dijera: «¿Por qué tienes miedo? ¿Ves cómo a través de un momento de Escuela de comunidad, de un encuentro como este, un gesto de oración, a través de cualquier circunstancia, vengo constantemente a visitarte para no dejarte sola con tu nada?». Lo más sorprendente no es que seamos unos pobrecillos, lo más sorprendente es descubrir que Él está siempre, que Él vuelve, que

no deja de buscarnos. Entonces es como si uno se olvidara de la distracción y se llenara de asombro: «¿De verdad te apiadas aún de mí?». Es como cuando eres amada. Las lías de todos los colores, pero la persona que te ama te sigue buscando, y en un momento dado esto te sorprende. Es lo que estamos viendo en este momento en la Escuela de comunidad con Pedro. La lía pardas, la última fue realmente gorda: negó tres veces conocer a Jesús. Cuando le vio resucitado pensaría –como tantas veces nos pasa a nosotros–: «¡Verás la bronca que me va a echar!». Pero nada, ni lo menciona. Jesús le descoloca: «¿Pero tú me amas?». Si en vez de perder tiempo rumiando todo lo que no funciona en nosotros, nos dejamos invadir constantemente por este «¿me amas?», sería otra historia. Porque crecería el asombro. A eso es a lo que debemos volver, a ese capítulo sobre el «sí de Pedro». Como nosotros también las liamos pardas, necesitamos constantemente ser alcanzados por esa mirada de Jesús a Pedro que don Giussani describe de una manera única. Sin volver ahí, inevitablemente nos trataremos mal.

Hola. El otro día salí por primera vez porque tenía que ir a recoger los libros al colegio. Pensaba que me iba a gustar esa horita de libertad, pero el impacto con esta realidad “nueva” me descolocó. Hasta la conserje, la persona más sencilla del mundo, me miraba como diciendo: «No estoy segura de que estés sana, así que mantente lejos». Frente a este miedo surgieron en mí muchísimas preguntas: ¿cómo puedo aceptar estas circunstancias sin resignarme a que en gran parte será así? ¿Cómo aprendo a decir sí a esta realidad que sin duda ha superado nuestra imaginación? El tiempo que nos espera me da miedo y no creo que sea capaz de aceptarlo, por otro lado no me gustaría reducirlo a una costumbre, porque entonces empezaré a perderme muchas cosas. ¿Cómo secundo la dramática realidad del presente sin reducirla a mis miedos?

Carrón. Perfecto, ahora este es el desafío que tenemos por delante, porque una vez que se ha generado esa desconfianza –como has visto en la conserje–, no es que podamos pasar página diciendo: «Ahora todos vamos a recuperar la confianza». Decirlo no basta. Entonces, ¿qué puede devolvernos la confianza que necesitamos para volver a empezar? «Volver a empezar» es la palabra de moda en este momento.

No lo sé, tal vez darse cuenta de que no solo existe este miedo sino que también hay muchas otras cosas.

Carrón. Sobre todo, que puedas reconocer qué ha sido más evidente para ti delante de ciertas dinámicas entre nosotros, que hemos visto todos. ¿Qué es lo que más te ha sorprendido? Luego te cuento lo que más me ha sorprendido a mí.

Me ha sorprendido el hecho de que a veces me ayudaba pedir ayuda para seguir adelante, porque sola no podía.

Carrón. ¿Sabes qué me ha sorprendido a mí? Recordar las palabras con que empezábamos la Escuela de comunidad este año. Precisamente en el momento en que todos somos potenciales portadores del virus y somos tan frágiles, viendo toda nuestra vulnerabilidad, que por cualquier cosa nos separa de los demás, hay Alguien que nos cuida. «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para mirar por él?», dice el Salmo 8, tan citado por don Giussani. Hay Alguien que nos quiere aunque hayamos contraído el virus, nos quiere con todo nuestro mal, nos quiere incluso cuando no nos fiamos de Él. Si uno no experimenta en el presente esta positividad última de una Presencia sobre la que puede apoyar toda su confianza, será difícil vencer con razonamientos la desconfianza que se ha colado entre los pliegues de nuestra vida. Solo en virtud de la conciencia de ser preferidos, solo dejándose sorprender así por esta preferencia única de Cristo hacia nosotros, podremos acercarnos a los demás, con todas las normas de seguridad que se nos indiquen. Solo podremos no dejarnos vencer por la desconfianza porque hay Uno que nos testimonia que nada podrá separarnos de Él. ¿Qué certeza tendría san Pablo si estuviera aquí con nosotros en este tiempo de pandemia? Que nada podría separarlo del amor de Cristo por él (cfr. Rom 8,35-39). Solo esto podrá vencer la desconfianza que se ha creado.

Es como si todo lo que hemos vivido, obligándonos a mantenernos alejados, hubiera generado otro virus, el de la desconfianza, y ahora tendremos que ver qué lo puede vencer. Quien ya haya

experimentado algo que lo haya vencido o empezado a vencer en este tiempo en que hemos estado encerrados en casa, estará más entrenado, será más capaz de saludar a la conserje con simpatía, aunque ella se retire, o saludar a los compañeros y amigos con confianza, porque no nos determina la desconfianza, puesto que existe Alguien que ya la ha vencido. Debemos verificar si todo eso que el Misterio no nos ha ahorrado vivir, para educarnos y generar nuestro yo, ahora que todo vuelve a empezar nos permite ofrecer una contribución a todos los que nos encontremos. Debemos verificar si no somos portadores del virus de la desconfianza sino del antivirus de la confianza en la relación entre nosotros, para poder construir lo que hemos visto suceder en tantos momentos durante estos meses. Es más hermoso cuando estamos juntos, cuando la vida no nos aleja, no nos separa de los demás, no introduce una distancia.

Es el momento de colmar esa distancia que se ha creado. ¿Pero cómo? Con un amor, con una pasión por la vida del otro que solo podemos recibir de Aquel que tiene amor y pasión por nosotros, como hacían los primeros cristianos. Estaban tan determinados por lo que habían encontrado y constantemente recibían de Cristo que se acercaban a los demás sin miedo alguno. Verificar lo que hemos vivido estos días de aislamiento es un buen desafío y una oportunidad única para afrontar la próxima fase. Así podremos entender hasta el fondo por qué no nos lo han ahorrado.

Barberis. Julián, permíteme decir dos cosas. La primera es técnica, porque me han avisado de la dirección y también me han llegado mensajes diciendo que no se ha oído nada de mi introducción. ¡Así que quiero tranquilizaros a todos porque no os habéis perdido nada! Porque lo bonito de hoy era justamente esta posibilidad de diálogo, ver y oír este diálogo entre tú y los jóvenes que han participado. Lo segundo es algo que he aprendido mientras te escuchaba: hace falta un yo para vivir humanamente. Lo hemos visto estando contigo esta hora. Mientras hablabas pensaba que en la vida puedes entender diez o puedes entender cien, pero la principal novedad no viene de una comprensión dialéctica, intelectual, sino de la posibilidad de tener delante personas cuya manera de vivir testimonia una positividad que antes era inconcebible. Y hoy lo he visto de nuevo, por lo que te estoy infinitamente agradecido. Creo que esta es también la manera de acompañarnos, no con una proliferación de iniciativas de todo tipo, sino ante todo testimoniándonos unos a otros la gracia de esta humanidad cambiada.

Antes de terminar, te pido que nos eches una mano, Julián, con la cuestión de las vacaciones comunitarias de verano, que no se celebrarán, como tampoco se hará la peregrinación de los del último año a Czestochowa. ¿Puedes ayudarnos a entender esto también?

Carrón. Nosotros no hemos decidido que el desafío del coronavirus se prolongara hasta el tiempo de vacaciones. Estos meses ya hemos experimentado que cuando secundamos el imprevisto que puede suceder en la vida, puede convertirse en una posibilidad para crecer. Por tanto, afrontamos la nueva fase, incluidas las vacaciones, con esto en nuestros ojos, de modo que el verano no será tiempo perdido por el hecho de no poder hacer las cosas de siempre, igual que no ha sido tiempo perdido no hacer estos meses las cosas que siempre hacemos en otro momento. Si aceptamos el desafío que el Misterio no nos ahorra, nos hará crecer.

¿Alguien ha dicho que si hubiéramos hecho el Triduo Pascual en Rímini todos juntos habríamos crecido más de lo que hemos crecido aceptando el desafío que hemos tenido que afrontar? Como dice Giussani, quien se ahorra la fatiga de vivir no podrá entender ciertas cosas, tendrá poca conciencia de sí. Vale lo mismo para el verano. No puede haber reuniones, como nos indican las autoridades, en consecuencia este año no podemos hacer las vacaciones comunitarias porque no es razonable poner todo en peligro. Pero eso no significa que no podamos vivir intensamente la realidad que tendremos delante los próximos meses. Si aceptamos que no podemos hacer las vacaciones y la peregrinación a Czestochowa, el Misterio nos podrá dar vida a lo grande según otras modalidades, como ya hemos visto estos meses. Antes una de vosotros citaba la pregunta: «¿Hay algo por lo que te defiendas de mí porque temes que ahí no puedo vencer?». Es la pregunta que nos hace Jesús. Y eso es lo que debemos verificar: si podemos verlo vencer incluso teniendo que vivir el verano de otra manera, porque entonces ninguna circunstancia de la vida nos parecerá tan extraña y

no habrá circunstancia en que no podamos verlo vencer. Por tanto, solo custodiando lo que hemos visto estos meses podremos afrontar con la misma esperanza el futuro próximo.
¡Hasta pronto a todos, adiós!